

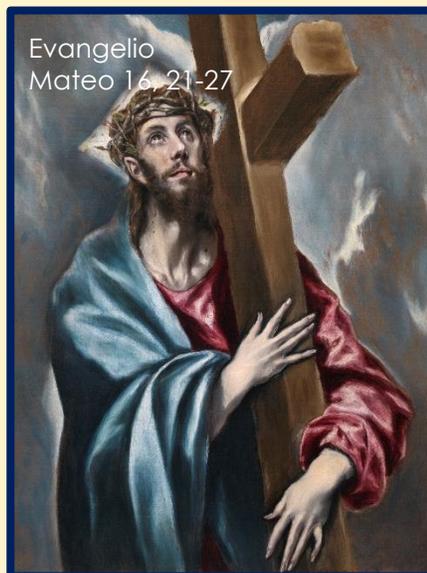
SEPTIEMBRE

EVANGELIOS DOMINICALES Y CELEBRACIONES DE IGLESIA

Familia, vive la Palabra de Dios
Domingo 3 de septiembre de 2023

Santo Evangelio según San Mateo 16, 21-27

Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y que tenía que sufrir mucho por causa de los ancianos, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley; que lo matarían y al tercer día resucitaría. Entonces Pedro, tomándolo aparte, se puso a reprimirlo: “Dios no lo quiera, Señor; no te ocurrirá eso”. Pero Jesús, dirigiéndose a Pedro le dijo: “¡Colócate detrás de mí Satanás! Eres para mí un obstáculo, porque no piensas como Dios, sino como los hombres.” Y dirigiéndose a sus discípulos añadió: “Si alguno quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, cargue con su cruz y me siga. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí, la conservará. Pues, ¿de qué le sirve a uno ganar todo el mundo, si pierde su vida? ¿O qué puede uno dar a cambio de su vida? El Hijo del hombre va a venir con la gloria de su Padre y con sus ángeles. Entonces tratará a cada uno según su conducta.”



Cristo con la cruz a cuestas. Doménikos Theotokópoulos (El Greco). Hacia 1602.

Una reflexión para la vida de familia

Jesús ya había estado a solas con sus discípulos donde se presentó como el Cristo e Hijo de Dios, ahora era necesario que sus discípulos comprendieran cuál era la misión que tenía. Mateo lo acentúa en este evangelio con estas palabras: “Desde entonces comenzó Jesús a ...”. Esta nueva etapa en su camino tiene como objetivo instruir, “manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y que tenía que sufrir mucho por causa de los ancianos, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley; que lo matarían y al tercer día resucitaría”. Esta es la primera declaración que hace Jesús en cuanto a su misión en la tierra, la de morir y resucitar lo que era muy importante que sus discípulos lo comprendieran, puesto que ni ellos ni los judíos tenían claridad de la misión del Mesías en la tierra.

Este “sufrir mucho” nos remite a un misterio que se nos tiene que revelar: el misterio de la pasión de Jesús, que lo lleva a padecer por nosotros y a asumir como propio el sufrimiento, el mal y la muerte de sus hermanos. No es el sufrimiento por sí solo lo que

nos salva, sino el amor y la confianza con que Jesús lo asume, haciendo presente a Dios en Él con todo el poder salvador de su amor. Es así como Jesús nos introduce el amor de Dios que nos libera y salva. Los sufrimientos y la muerte de Jesús nos hacen ver hasta qué extremos llega el amor que Dios nos tiene.

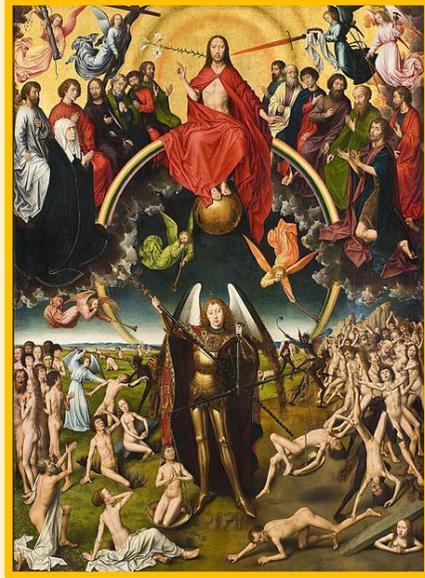
El lenguaje y el mensaje de Jesús se encuentra con la incomprensión, e incredulidad de sus discípulos y Pedro en particular no lo entiende “entonces Pedro, tomándolo aparte, se puso a reprimirlo: Dios no lo quiera, Señor; no te ocurrirá eso”. El cariño que siente no le permite entender la importancia que tenía la misión de Jesús y decide decirle que no vaya a la muerte sino que busque otra forma de cumplir su misión, sin embargo, aunque tal vez sus intenciones eran buenas y desprendidas de un corazón que amaba a su Señor y no quería que nadie lo lastimara, sus intenciones no estaban en armonía con la voluntad de Dios y por ello, “Jesús, dirigiéndose a Pedro le dijo: ¡Colócate detrás de mí Satanás! Eres para mí un obstáculo, porque no piensas como Dios, sino como los hombres.” Pedro no se dio cuenta que no estaba viendo las cosas desde el punto de vista de Dios y que se había dejado engañar por Satanás. Así sucede también con nosotros, muchas veces nos dejamos inconscientemente, seducir por el enemigo. Sin embargo, antes de seguir nuestros impulsos, es necesario tener siempre en cuenta la voluntad de Dios, conocer su palabra y permitir que nuestro Señor esté delante de nosotros en toda nuestra vida, porque somos nosotros sus seguidores y no Él de nosotros.



Después de esto, Jesús invita a sus discípulos a seguirlo, a recorrer con Él su camino hasta el final y asumir su estilo de vida con todas sus consecuencias. El discípulo de entonces y cada uno de nosotros, ha de ser un reflejo de nuestro Maestro.

“En aquel punto, el Maestro se dirige a todos los que lo seguían, presentándoles con claridad la vía a recorrer: «Si alguno quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, cargue con su cruz y me siga.» Siempre, también hoy, está la tentación de querer seguir a un Cristo sin cruz... Pero Jesús nos recuerda que su vía es la vía del amor, y no existe el verdadero amor sin sacrificio de sí mismo. Estamos llamados a no dejarnos absorber por la visión de este mundo, sino a ser cada vez más conscientes de la necesidad y de la fatiga para nosotros, cristianos, de caminar siempre a contracorriente y cuesta arriba. Jesús completa su propuesta con palabras que expresan una gran sabiduría siempre válida, porque desafían la mentalidad y los comportamientos egocéntricos. Él exhorta: «Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí, la conservará». En esta paradoja está contenida la regla de oro que Dios ha inscrito en la naturaleza humana creada en Cristo: la regla de que solo el amor da sentido y felicidad a la vida” (Papa Francisco. Ángelus 3 septiembre 2017).

Luego Jesús dirige a sus discípulos una pregunta importante y trascendente y hoy también la dirige a nosotros, y de la respuesta que demos a esa interrogante depende el sentido y el futuro de nuestra existencia: “¿de qué le sirve a uno ganar todo el mundo, si pierde su vida? ¿O qué puede uno dar a cambio de su vida?” Ésta es una de las preguntas que atraviesan la historia de la humanidad y ante la cual no podemos quedar indiferentes. La vida de muchos santos y misioneros ha dependido de la respuesta que han dado a esta pregunta. ¿Qué respuesta daría yo? La vida es amar, dar de sí con generosidad, en eso está el secreto de la verdadera felicidad y del verdadero éxito. Fuera de esta perspectiva, aunque se gane el mundo entero, la vida no se logra, se malogra. Muchas veces hallaremos difícil esta exigencia. Pero confiamos en el Señor que nos asegura su compañía y apoyo constante.



El juicio final. Hans Memling. 1466-1473

Finalmente, Jesús añade: “El Hijo del hombre va a venir con la gloria de su Padre y con sus ángeles. Entonces tratará a cada uno según su conducta.” Esto último nos anuncia que habrá un juicio inevitable y si tomamos este pasaje en relación con el texto de este evangelio, vemos inmediatamente cuál es el criterio del juicio: el que se da a sí mismo a los demás y vive la vida como una generosa aventura de amor, recibirá la aprobación y la recompensa de Dios en el Reino de los Cielos.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

¿De qué forma soy como Pedro que quiere impedir el plan de Dios?

De las condiciones que Jesús pone para seguirlo, ¿Cuáles son las que me cuestan más y no las cumplo?

¿Cómo entiendo esto de perder la vida por el Señor para salvar la propia?

¿Cómo entiendo la expresión: “de que sirve a un hombre ganar todo el mundo si pierde su vida”?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y los acompañe siempre!**

*Porque el que quiera salvar su vida, la perderá;
pero el que pierda su vida por mí, la conservará.*

Mateo 16, 25

Familia, vive la Palabra de Dios

Domingo 10 de septiembre de 2023

Santo Evangelio según San Mateo 18, 15-20

Jesús dijo a sus discípulos: “Si tu hermano te ofende, ve y llámale la atención a solas. Si te hace caso habrás ganado a tu hermano. Si no te hace caso, toma contigo uno o dos, para que cualquier asunto se resuelva en presencia de dos o tres testigos. Si no les hace caso a ellos, díselo a la comunidad; y si no hace caso ni siquiera a la comunidad, considéralo como un pagano o como uno que recauda impuestos para Roma.” Les



aseguro que lo que aten en la tierra quedará atado en el cielo; y lo que desaten en la tierra quedará desatado en el cielo. También les aseguro que, si dos de ustedes se ponen de acuerdo en la tierra para pedir cualquier cosa, lo obtendrán de mi Padre del cielo, porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.

Una reflexión para la vida de familia

En este pasaje bíblico, Jesús hace consciente a sus discípulos de un hecho que será inevitable entre ellos y en toda comunidad a través de la historia y en la actualidad. Habrá fricciones, malentendidos, ofensas, prejuicios. Es la naturaleza humana, pero a pesar de ello y de nuestras faltas el Espíritu del Señor está siempre con nosotros y entre nosotros mostrándonos a través del Evangelio, sus enseñanzas como norma de vida. Por otra parte, cada uno de nosotros tenemos una responsabilidad frente a las conductas que dañan a otras personas, a nuestra comunidad y finalmente a la humanidad.

No se trata de convertirnos en jueces de los demás, pues el mismo Jesús reprobó esa actitud y en la biblia hay varios pasajes que así lo expresan: “Por tanto tú, cualquiera que seas, no tienes excusa cuando juzgas a los demás, pues juzgando a otros tú mismo te condenas ya que haces lo mismo que condenas. Y sabemos que el juicio de Dios es riguroso contra quienes hacen tales cosas” (Romanos 2:1-3). Entonces, no se trata de juzgar, se trata de ganar a tu hermano para restablecerlo de la conducta que le hace y daño y hace daño a los demás. Por eso, para nosotros como cristianos, la corrección del hermano que ha pecado o cometido un error es signo y expresión del amor. La persona es reconocida siempre como tal, con sus limitaciones y también con sus virtudes; no es juzgado si se equivoca, se le busca si anda por el mal camino y se le perdona.

Pero antes debo reconocer y aceptar al otro como un igual, tan humano y pecador/a como yo mismo/a y actuar con tal misericordia y compasión que nos impulse a ayudar y

aliviar con benevolencia, con amor, a quienes están errando. Es muy importante la actitud interior del que corrige. Si no está convencido de que él mismo es también un pecador, que conoce su propia debilidad, mejor será que no corrija. Hace falta tener mucha humildad para reconocer las propias debilidades y para estar en verdadera disposición de corregir a otros. Y esto no es fácil. Mucha humildad, que nace del conocimiento de las propias debilidades.

Además, es indispensable escuchar, saber escuchar para que la persona acepte lo que se le dice y no lo sienta como una agresión. Por otro lado, la persona que corrige debe saber discernir que aquello que se va a corregir es algo realmente importante, no vale la pena perseguir al prójimo con correcciones por pequeñeces. La corrección se realiza a la persona sin violencia, no por venganza, ni por rencor, ni porque me desagrada. Buscar al que está perdido es la expresión más alta de la misericordia. Nos debe mover el amor y desde ese amor responsable se puede entender el procedimiento que el evangelio sugiere para recuperar al hermano. Es una corrección de un cristiano que corrige a otro cristiano para que viva mejor su amor a Dios.



En primer lugar, nos dice nuestro Señor que *“si tu hermano te ofende, ve y llámale la atención a solas. Si te hace caso habrás ganado a tu hermano”*. Se le habla en privado, con discreción y respeto, no en público, tratando de conocer el o los motivos de dicho actuar. Si te hace caso, has salvado a tu hermano. *“La actitud es de delicadeza, prudencia, humildad y atención respecto a quien ha cometido una*

falta, evitando que las palabras puedan herir y matar al hermano... Cuando hablo mal, cuando hago una crítica injusta, cuando «le saco el cuero» a un hermano con mi lengua, esto es matar la fama del otro. ... Al mismo tiempo, esta discreción de hablarle estando solo tiene el fin de no mortificar inútilmente al pecador... El objetivo es ayudar a la persona a darse cuenta de lo que ha hecho, y que con su culpa ofendió no sólo a uno, sino a todos (Papa Francisco. Ángelus 7 septiembre 2017).

En segundo lugar, si el diálogo no surte efecto, *“si no te hace caso, toma contigo uno o dos, para que cualquier asunto se resuelva en presencia de dos o tres testigos”*. Es decir, se busca la ayuda de otro o de otros hermanos, para que todo el asunto quede confirmado por boca de dos o tres testigos.

Por último, *“si no les hace caso a ellos, díselo a la comunidad; y si no hace caso ni siquiera a la comunidad, considéralo como un pagano o como uno que recauda impuestos para Roma”*. La comunidad es a quien finalmente corresponde la evaluación de la conducta y de acuerdo con ello será considerado como un *“pagano o como uno que recauda impuestos”*, un no convertido. Jesús nos invita no solo a reconciliarnos con el hermano,

sino que procurar llevarlo a conversión. Y esto exige siempre rectitud en el hablar para llamar mal a lo que está mal y bien a lo que está bien. La verdad es un servicio de caridad. Corregir el mal proceder de mi prójimo no significa excluirlo, no es tratarlo sin consideración ni dejar de comprenderlo. Jesús vino justamente a llamar y salvar lo que estaba perdido.



Prosigue Jesús: “Les aseguro que lo que aten en la tierra quedará atado en el cielo; y lo que desaten en la tierra quedará desatado en el cielo”. Mateo, en este versículo, nos recuerda que obedecer esta forma de amonestar al hermano que ha errado, puede permitirle arrepentirse y volver al buen camino, de esta forma, todo lo que se declare en la iglesia será declarado en el reino de los cielos y a los ojos de Dios.

En este versículo encontramos una de las grandes promesas que Jesús no hizo: “También les aseguro que, si dos de ustedes se ponen de acuerdo en la tierra para pedir cualquier cosa, lo obtendrán de mi Padre del cielo porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”. Jesús nos promete que recibiremos cualquier cosa que pidamos en común acuerdo con otros creyentes. La presencia de Cristo que se garantiza en la reunión de dos o más en su nombre es indispensable en todo lo que hagamos como cristianos. Entonces podemos decir sin equivocarnos, que no hay cristianismo sin oración, puesto que la oración hace presente a Jesús, el Señor del Amor, de la Misericordia, de la Bondad y del Perdón en el mundo.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

¿Cómo ha sido mi reacción cuando vi a un hermano cometer un error, un agravio en contra de alguien o en contra mía?

¿Busqué en paz resolver el agravio?

Si pude resolver el agravio en paz ¿Qué sentimiento experimenté?

Si no resolví el agravio ¿Qué he hecho para estar en paz conmigo mismo y con Dios?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

*Donde están dos o tres reunidos en mi nombre,
allí estoy yo en medio de ellos.*

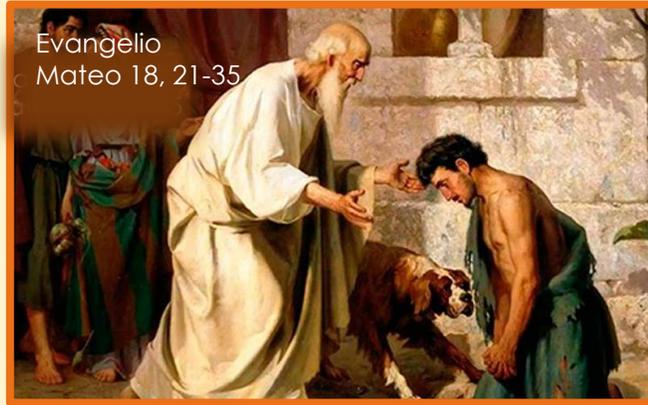
Mateo 18. 20

Familia, vive la Palabra de Dios

Domingo 17 de septiembre de 2023

Santo Evangelio según San Mateo 18, 21-35

Entonces se acercó Pedro y preguntó: “Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano cuando me ofenda? ¿Siete veces? Jesús le respondió: “No te digo siete veces, sino setenta veces siete. Porque con el reino de los cielos sucede lo que con aquel rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos. Al comenzar a ajustarlas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. Como no podía pagar, el



señor mandó que lo vendieran a él, a su mujer y a sus hijos, y todo cuanto tenía para pagar la deuda. El siervo se echó a sus pies suplicando: “¡Ten paciencia conmigo, que te lo pagaré todo!” El señor tuvo compasión de aquel siervo, lo dejó libre y le perdonó la deuda. Nada más salir aquel siervo encontró a un compañero suyo que le debía cien denarios; lo agarró y le apretaba el cuello, diciendo: “¡Paga lo que me debes!”. El compañero se echó a sus pies, suplicándole: “¡Ten paciencia conmigo y te lo pagaré!”. Pero él no quiso, sino que fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara la deuda. Al verlo sus compañeros se disgustaron mucho y fueron a contar a su señor todo lo ocurrido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: “Siervo miserable, yo te perdoné toda aquella deuda, porque me lo suplicaste. ¿No debías haberte compadecido de tu compañero como yo me compadecí de ti?”. Entonces su señor, muy enojado, lo entregó para que lo castigarán hasta que pagara toda la deuda. Lo mismo hará con ustedes mi Padre si no se perdonan de corazón unos a otros.”

Una reflexión para la vida de familia

En los tiempos de Jesús, el perdón para el pueblo de Israel no es un sentimiento que surge de lo profundo del corazón del hombre, sino una práctica que está sujeta a una ley regulada y determinada por las normas mosaicas. Un ejemplo es la “ley del talión”, caracterizada por la expresión: “ojo por ojo”, la que nos muestra cuál era la concepción del perdón y de la justicia para el judío común, realidad que perfectamente conocía Jesús. El perdón entonces no está circunscrito en el ámbito del amor o el de la misericordia, sino en el de la justicia. El perdón entonces será para Jesús un tema recurrente el que abordará desde múltiples perspectivas. La de este evangelio, como una expresión de la “compasión” ante la tragedia de la persona que vive la situación específica de no contar con los recursos necesarios para retribuir la deuda adquirida.

Por eso cuando “se acercó Pedro y preguntó, con la pregunta elaborada y la respuesta ya estructurada: “Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano cuando me



ofenda? ¿Siete veces?”, Jesús responde dejando perplejo a Pedro. La propuesta de Pedro es generosa, pues va mucho más allá de los parámetros conocidos en aquél entonces. Utiliza incluso el número 7, que representa según el

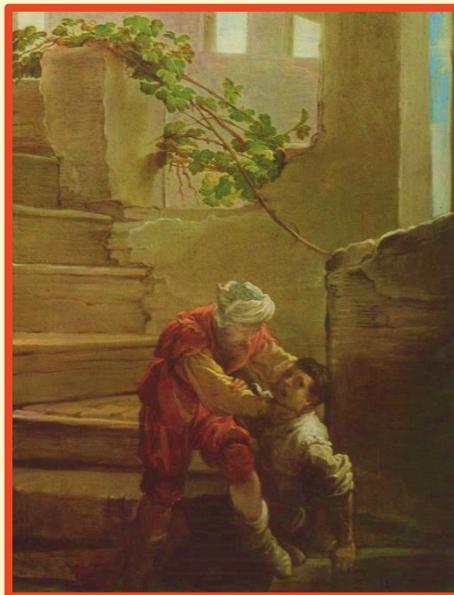
pensamiento hebreo, la totalidad, la perfección, lo que para Jesús no es suficiente, pues para Él se trata de una condición y disposición permanente no solo del corazón sino del alma. Elimina todo y cualquier límite posible para el perdón. Es decir, siempre debemos perdonar. Por eso “Jesús le respondió: No te digo siete veces, sino setenta veces siete”.

Para profundizar en el tema del perdón, Jesús, a propósito de la intervención de Pedro, relata una parábola que nos pone ante la perspectiva del perdón como expresión de un corazón generoso que es capaz de ponerse en el lugar de la otra persona, sin que ésta lo merezca, sintiendo como propia, la carga de la deuda y el pesar de no poder cumplir con un pago. El perdón es empático. Es ponerse en el lugar del otro y sintiéndose configurado e identificado con la interioridad del otro, siente compasión, una compasión que lo mueve a un acto de ternura: el perdón instantáneo y la condonación total de la deuda: “El señor tuvo compasión de aquel siervo, lo dejó libre y le perdonó la deuda”.

En este caso, “el siervo se echó a sus pies suplicando: ¡Ten paciencia conmigo, que te lo pagaré todo!”. Debemos tener en cuenta que la súplica del perdón no es necesaria para que tomemos la decisión de perdonar y, por otro lado, el arrepentimiento del otro no es una condición necesaria para el perdón, aunque ciertamente, es mucho más fácil perdonar cuando el otro pide perdón. El perdón trata de vencer el mal por la abundancia del bien. Es por naturaleza incondicional, ya que es un don gratuito del amor, un don siempre inmerecido. Esto significa que el que perdona no exige nada a su agresor, ni siquiera que le duela lo que ha hecho. Esto no significa olvidar, pero hay que proceder como si se hubiera olvidado. El verdadero perdón exige obrar de este modo. Porque “el amor no se irrita, sino que deja atrás las ofensas y las perdona. Todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta” (1Cor 13, 5. 7).

“Desde nuestro bautismo Dios nos ha perdonado, perdonándonos una deuda insoluta: el pecado original. Pero, aquella es la primera vez. Después, con una misericordia sin límites, Él nos perdona todos los pecados en cuanto mostramos incluso solo una pequeña señal de arrepentimiento. Dios es así: misericordioso. Cuando estamos tentados de cerrar nuestro

corazón a quien nos ha ofendido y nos pide perdón, recordemos las palabras del Padre celestial al siervo despiadado: «siervo malvado, yo te perdoné a ti toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No deberías tú también compadecerte de tu compañero, del mismo modo que yo me compadecí de ti?». Cualquiera que haya experimentado la alegría, la paz y la libertad interior que viene al ser perdonado puede abrirse a la posibilidad de perdonar a su vez. En la oración del Padre Nuestro Jesús ha querido alojar la misma enseñanza de esta parábola. Ha puesto en relación directa el perdón que pedimos a Dios con el perdón que debemos conceder a nuestros hermanos: «y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros hemos perdonado a nuestros deudores» (Mateo 6, 12). (Papa Francisco. Ángelus 17 septiembre 2017).



El Siervo implacable ahogando al otro deudor (detalle). Doménico Fetti. Cerca de 1620.

Perdonar es una de las manifestaciones más sublimes del amor humano. Ésta nos permite alcanzar la paz en nuestro corazón y esa paz es la única que inunda de gozo el alma porque es un don de Dios.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

- ¿Hay alguien a quien me haya costado perdonar o no he perdonado?
- ¿Por qué me resultó difícil perdonarlo/a?
- ¿Cómo puede el perdonar ser liberador para mí?
- ¿Por qué crees que el Señor nos manda que seamos personas dispuestas a perdonar?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano cuando me ofenda? ¿Siete veces? Jesús le respondió: "No te digo siete veces, sino setenta veces siete.

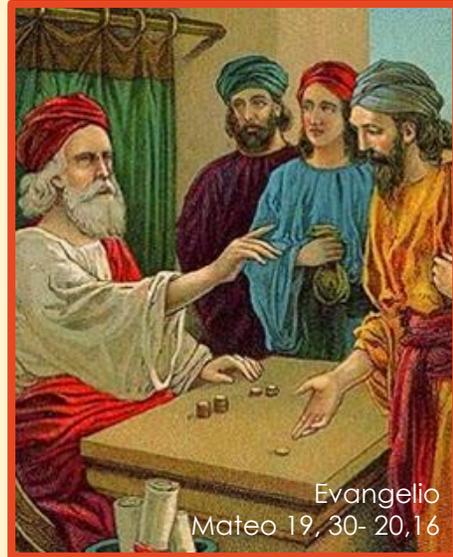
Mateo 18, 21-22

Familia, vive la Palabra de Dios

Domingo 24 de septiembre de 2023

Santo Evangelio según San Mateo 20, 1-16

Por eso, con el reino de los cielos sucede lo mismo que con el dueño de una hacienda que salió muy de mañana a contratar trabajadores para su viña. Después de contratar a los trabajadores por un denario al día, los envió a su viña. Salió a media mañana, vio a otros que estaban en la plaza sin trabajo, y les dijo: “Vayan también ustedes a la viña y les daré lo que sea justo”. Ellos fueron. Salió de nuevo a medio día y a primera hora de la tarde e hizo lo mismo. Salió por fin a media tarde, encontró a otros que estaban sin trabajo y les dijo: “¿Por qué están aquí todo el día sin hacer nada?” Le contestaron: “Porque nadie nos ha contratado.” Él les dijo: “Vayan también ustedes a la viña”. Al atardecer, el dueño de la viña dijo a su administrador: “Llama a los trabajadores y



págalos el jornal, empezando por los últimos hasta los primeros.” Vinieron los de media tarde y recibieron un denario cada uno. Cuando llegaron los primeros, pensaban que recibirían más; pero también ellos recibieron un denario cada uno. Al recibirlo, se quejaban contra el dueño, diciendo: “Estos últimos han trabajado sólo un rato y les has pagado igual que a nosotros, que hemos soportado el peso del día y del calor”. Pero él respondió a uno de ellos: “Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No quedamos en un denario? Toma lo tuyo y vete. Si yo quiero dar a este último lo mismo que a ti, ¿no puedo hacer lo que quiera con lo mío? ¿O es que tienes envidia porque yo soy bueno? Así los últimos serán primeros, y los primeros serán últimos.

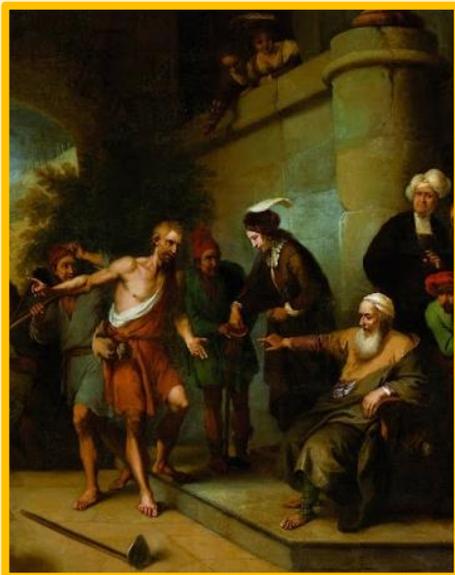
Una reflexión para la vida de familia

Esta parábola la conocemos habitualmente por la “Parábola de los trabajadores de la viña”. La encontramos solo en el evangelio de Mateo. La parábola enseña la bondad y la misericordia de Dios, superior a los criterios de justicia humanos. “Jesús (la) cuenta para comunicar dos aspectos del Reino de Dios: el primero, que Dios quiere llamar a todos a trabajar para su Reino; el segundo, que al final quiere dar a todos la misma recompensa, es decir, la salvación, la vida eterna” (Papa Francisco. Ángelus 24 septiembre 2017).

Jesús comienza esta parábola con las palabras: “Por eso, con el reino de los cielos sucede lo mismo que con el dueño de una hacienda que salió muy de mañana a contratar trabajadores para su viña”. El comparar el reino de Dios con la viña o cualquier actividad de agricultura es muy común en la palabra de Dios, a lo mejor es porque es una actividad

cotidiana que en Israel se ha realizado desde el principio de los tiempos, así lo vemos a través de las páginas de las Sagradas Escrituras.

Aquí vemos, además, una práctica que era muy común en los tiempos, el contratar a tantos obreros como fuera posible para recoger las cosechas de las viñas. Muchos eran contratados a primera hora del día y otros durante la jornada laboral, los cuales recibían su pago de acuerdo con el número de horas que habían laborado. El salario por un día de trabajo era un denario, por eso fue y contrató a los obreros desde las primeras horas del día: *“Después de contratar a los trabajadores por un denario al día, los envió a su viña”*.



Los trabajadores de la viña. Christian Wilhelm Ernst Dietrich. 1750 aprox. Detalle.

Luego, *“salió a media mañana, vio a otros que estaban en la plaza sin trabajo, y les dijo: Vayan también ustedes a la viña y les daré lo que sea justo. Ellos fueron. Salió de nuevo a medio día y a primera hora de la tarde e hizo lo mismo. Salió por fin a media tarde, encontró a otros que estaban sin trabajo y les dijo: ¿Por qué están aquí todo el día sin hacer nada? Le contestaron: Porque nadie nos ha contratado. Él les dijo: Vayan también ustedes a la viña”*. De esta forma el dueño contrató a los obreros para su viña en diferentes horas del día prometiéndoles que les habría de pagar lo justo.

“Al atardecer, el dueño de la viña dijo a su administrador: Llama a los trabajadores y págales el jornal, empezando por los últimos hasta los primeros”. Y aquí encontramos algo muy controversial y es el pago que los obreros de la viña

recibieron. De acuerdo con la ley de Moisés debía pagárseles a los jornaleros al final del día. Según vimos al comienzo de la parábola, el dueño de la viña acordó pagarles un denario a aquellos obreros que contrató desde el inicio del día, no obstante, curiosa fue su forma de pago ya que, al comenzar por los últimos, a estos les pagó un denario por las pocas horas que habían laborado. Luego *“Vinieron los de media tarde y recibieron un denario cada uno. Cuando llegaron los primeros, pensaban que recibirían más; pero también ellos recibieron un denario cada uno”*. Al recibirlo, se quejaban contra el dueño, diciendo: *“Estos últimos han trabajado sólo un rato y les has pagado igual que a nosotros, que hemos soportado el peso del día y del calor”*.

Para aquellos obreros que fueron contratados desde la primera hora de la mañana era totalmente injusto que se les hubiese pagado lo mismo que a los últimos, pero realmente no era injusto, porque el dueño había convenido con ellos pagarles un denario por el servicio de todo el día, y porque el dinero le pertenecía a él y podía hacer lo que mejor le pareciera: *“Pero él respondió a uno de ellos: Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No quedamos en un denario? Toma lo tuyo y vete. Si yo quiero dar a este último lo mismo que*

a ti, ¿no puedo hacer lo que quiera con lo mío? ¿O es que tienes envidia porque yo soy bueno? Así los últimos serán primeros, y los primeros serán últimos.

“En realidad, esta «injusticia» del jefe sirve para provocar, en quien escucha la parábola, un salto de nivel, porque aquí Jesús no quiere hablar del problema del trabajo y del salario justo, ¡sino del Reino de Dios! Y el mensaje es éste: en el Reino de Dios no hay desocupados, todos están llamados a hacer su parte; y todos tendrán al final la compensación que viene de la justicia divina —no humana, ¡por fortuna! —, es decir, la salvación que Jesucristo nos consiguió con su muerte y resurrección. Una salvación que no ha sido merecida, sino donada, para la que «los últimos serán los primeros y los primeros, los últimos» (Mt 20, 16). Con esta parábola, Jesús quiere abrir nuestros corazones a la lógica del amor del Padre, que es gratuito y generoso” (Papa Francisco. Ángelus 24 septiembre 2017).



Cada uno de nosotros es llamado por Dios en cualquier momento de nuestras vidas y a su vez cada uno de nosotros tiene su hora, su día, su edad para responder a ese llamado. La justicia de Dios es muy diferente a la justicia humana, y para Él, los últimos han de ser tratados como los primeros, pues la caridad y la misericordia siempre han de coronar la justicia. Dios, no paga por el trabajo realizado, ni por horas, ni por trabajar arduamente, sino por la acogida a su invitación y el amor que pongamos en nuestras actividades por amor a Él.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

- ¿Estoy consciente de que el amor de Dios es igual para todos?
- ¿Tiendo a poner barreras a la generosidad y bondad de Dios?
- ¿Agradezco la bondad de Dios y la contagio?
- ¿Alabo y valoro las acciones y cualidades de las personas?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y los acompañe siempre!**

Así los últimos serán primeros, y los primeros serán últimos.

Mateo 20.16